AÑO XXVII. — Nº 1361.

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 15 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ATLANTIDA—
(Fotografía Juan Caruso)

En los caminos arenosos, que siempre terminan en la playa, tienen los turistas un variadísimo repertorio para matizar sus caminatas al atardecer o a la luz de la luna.



Las filas de carpas ponen un frágil muro de contención a las muchedumbres de pinos.

Pacífica y minuciosamente los veraneantes vienen aquí a agotar las múltiples posibilidades de las soñadas vacaciones y Atlántida toda, se detiene a soñar en las imágenes tecnicoloreadas que decreta la luz marina, a medida que la noche se acerca a la tarde.

No por conocido, el mundo de Atlántida se presta a ser inventariado con ojos nuevos al despertar de todos los veranos.

Esta temporada, el balneario ha sido invadido pacíficamente por aquellas multitudes argentinas de antaño, que han vuelto a cruzar de nuevo el gran río para poder sentirse durante quince días verdaderos aves humanas bajo la misteriosa frescura de los pinos.

Arriba, el sol es una rutilante medalla dorada colgada ne el pecho azul y victorioso del estío.

Abajo, los niños veraneantes no se cansan de recorrer obstinadamente sus playas escalar sus barrancas, bañarse en sus aguas.

Porque pocos balnearios hacen en verdad tan ajustado escenario a la infancia, y le dan ese sobreentendido aire de quien está en el misterio.

La magia de Atlántida no termina nunca. Su fascinación se renueva como la de sus amarillos aromos que florecen cada año. Pero en tanto que la belleza de esos árboles sucumbe al terminar la estación, el hechizo de Atlántida se renueva a medida que empieza a viajar sin prisa hacia el otoño, el invierno y la primavera.

Por ahora, en esta larga estación estival, el balneario se ha convertido en la morada temporaria de verdaderas multitudes llegadas de distintas ciudades, y atraídas sin duda por la magia de su naturaleza agreste, de su condición de aldea y refugio del romanticismo, en cuyas fuentes hubieran sin duda podido venir a beber los Wordsworth, los Coleridges y los Quincey, como tantas veces lo hicieron otros poetas americanos como Neruda, con la complicidad de razones geográficas y cronológicas, e incorporando d este modo el embrujo de Atlántida a las glorias literarias.

Para imponerse en el ánimo del viajero, Atlántida no necesita de la dictadora propaganda de las guías turísticas o de la agresiva vociferación de las agencias de viaje. Le basta con su marcada personalidad. Es su notabilísima condición de playa-bosque, lo que le da su atractivo singular y único.

Las diferencias con los demás balnearios del Uruguay no sólo se la proveen a Atlántida su privilegiada naturaleza. Tam-

EL PAJARO DEL VERANO HACE SU NIDO EN ATLANTIDA

El verano transforma la toponimia local de Atlántida, hermoso nombre.

El decorado actual son los pinos, es el mar, son las multitudes de turistas anónimos, y los niños engolosinados en la circunstancia imaginaria en que habla Novalis. Es, además, el deslumbramiento del hombre de las ciudades, que llega, libre al fin de las supersticiones cabalísticas y se integra a esa luz que ilumina fantasmas brillantes o inventa cielos dramáticos de majestuosa tristeza sobre la agresiva actitud del oleaje.

Legiones de bañistas aceptan el reto del mar o vagan entre los pinos de bosques románticos. Porque el romanticismo tiene su exilio en Atlántida.

Mientras el tiempo pasa y se lleva la vida, el verano derrite los días como flores de cera en esta comarca venturosa, abre sus grandes alas claras de pájaro, y tiene su nido de oro en la transparencia azulina del aire.



Los niños y los regalones animalitos domésticos, disfrutan alegremente del instante estival, de los días felices...



En sus posesiones, los niños protegen sus dominios de la intrusa presencia adulta de cualquier invasor.

bién el hombre que pasa allí los veranos y los habitantes que le son fieles todo el año, se han empeñado en complementar ese encanto, inventando una suerte de vida retirada, que es lo primero que sorprende a quien llega procedente de la locura de las grandes ciudades y del resplandor del infierno de las luces de sodio.

El turismo adquiere así un ritmo tímido y las legiones de veraneantes parecen más bien ser toleradas que impuestas a las pacíficas normas del balneario.

Soledad y silencio, sond os buenos hermanos que pueden identificarse en cualquier ámbito de Atlántida.

Claro que también proliferan las bandas juveniles, con mucha tricota colorada, "drinks", melenas rubias, autos "vedettes", vagas asociaciones canoras, y resplandor lingüístico internacional.

Pero esas señales de un turismo histérico más preocupado del "Who's Who" y la crónica social, que de preservar la tónica esencial del balneario, no es la coordenada determinante de un sitio de veraneo que se rige ante todo por la contracción al descanso y la muda contemplación de la naturaleza.

Sin la espectacularidad mitológica de Punta del Este, ni las multitudes populares de película italiana que van y vienen por Piriápolis comiendo salchichas, Atlántida ha sabido permanecer impermeable al insomnio de los "farristas" a la moda y a la apoteosis del turismo preconcebido, creándose una especie de aduana fantástica donde todas las migraciones turísticas pasan como a través de una rigurosa e insalvable asepsia.



La eterna fascinación de los deportes náuticos es también respetada en Atlántida.

Esta determinación de austeridad que se ha abierto camino en el mundo claro y limpio de Atlántida, es siempre acompañada por una vibración de belleza agreste y donde se multitplican las más diversas especies vegetales en intrincados bosques.

En los caminos arenosos que siempre terminan en la playa y donde se ven niños veraneantes jugando o recogiendo pinochas con que abastecer los cálidos fuegos del invierno, tienen los turistas un variadísimo repertorio para matizar sus caminatas al atardecer o a la luz de la luna, que aquí es grande y redonda, como la que sube por la celeste poesía de Juan Ramón Jiménez para alcanzar el alto cielo de los pinares de Moguer.

Al que quiera enriquecerse con la huella impresionista que la naturaleza suele dejar en los hombres, Atlántida habrá de proporcionarle toda su frágil arquitectura de arena y agua, de noche y árbol, de piedra y aire, toda su posible expresión de belleza donde se vuelca el apasionado entusiasmo de vivir.

Además, el verde de sus jardines armoniza noblemente con las calles serpentinas que tienen nombres de flores, y con la piedra y madera marrón de sus casitas que sin ser ostentosas, sugieren siempre un óptimo confort, una previsible paz, extensible a los tranquilos hoteles y a las numerosas casas de te.

El blanco, el verde, el rojo oscuro y el ocre, están también aquí en todo su estallido oropelesco, y es el fondo del mar el que atempera todas las estridencias siempre en su debido punto tonal.

Por todo esto —a lo que hay que agregar la prodigalidad de sus jardines donde se mezclan el resinoso perfume de los pinos, los aromos, la tuberosa, el óleo fragance y la tumbergia —es tan linda, tan nostálgicamente recordada Atlántida. Conocer su paisaje, impregnarse de su sustancia, recorrer sus calles adormecidas que se van perdiendo en las aguas del mar durante el largo verano, o descifrar la conversación coloquial de los pinos y el viento, e incorporar todo esto a nuestra vida, es llegar a las puertas de un bucólico y recuperado paraíso.

Un mundo aparte que no ha sido (ni lo será, al menos entre nuestros deseos más reacios a ser estafados) enterrado por una civilización que se torna cada vez más incomunicativa, más trivial, más anodina, con sus multitudes embotelladas, sus luces de neón, sus cines, automóviles, y su enloquecido empeño de hacer prevalecer lo racional y la violencia sobre el ensueño y la quimera.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA.)



Todavía es posible entregarse al hábito de la lectura, mientras una pequeña Eva, en el sentido estricto del vocablo, evoca resonancias de paraíso.



El canario enjaulado del que cuida las carpas, le confía a las frondas de pinos, el lamento de su libertad perdida.



Curioso puente colgante sobre las barrancas sinuosas de Atlántida que sirve de mirador a los veraneantes, entre las mismas copas de los árboles.

MONTEVIDEO:
EL SER Y EL QUEHACER DE LA CIUDAD

EL DIALOGO REGIONAL. — Cuando se contempla la ciudad de Montevideo desde un avión luego de haber volado sobre la verde y monótona soledad del interior se obtiene una imagen urbana compleja y radicalmente distinta a la del paisaje rural. Pero si el viajero procura trascender las sensaciones ópticas y se pregunta por los caracteres definidores de la urbe montevideana comprende que la ciudad no es solamente un grupo denso de viviendas sino que también es sociedad, historia y espíritu. La ciudad no se agota en su volumen geográfico superpuesto al escenario natural: posee significados económicos y filosóficos que complementan y hacen inteligible su estructura técnica; es, como decía Platón en *Las Leyes*, un drama.

El concepto de ciudad no puede prescindir de los vínculos que ésta tiene con la región donde se asienta y a la que le da tas de la ciudad como, en el cuento de Rudyard Kipling, golpeó la selva en las puertas de la aldea india hasta que terminó por devorársela" (*Op. cit.* pág. 16). Este patriotismo departamental es, sin embargo, una resistencia nostálgica, un ademán de salvación inspirado por la melancolía terruñera. La voz de la ciudad es persuasiva, cautivante y sutil. El que escucha su canto está perdido, como el barquero que atendía a la ondina de Loreley. Quien sucumbe a su sortilegio no escapa al destino irreversible de ser ciudadano para siempre jamás.

EN BUSCA DE DEFINICIONES. — Entre la vivienda aislada, la hacienda, la aldea, el pueblo, la villa, la ciudad provincial, la metrópoli y la megalópolis hay una progresión cuantitativa y cualitativa que preocupa por igual a los urbanistas y a los sociólogos. Pero estos científicos profesionales no *me*, aldea, pueblo dormido; *koimeterion*, dormitorio y, en sentido figurado, cementerio.

La estructura de la voz ciudad tiene, pues, la siguiente trayectoria: los verbos sánscritos *kshi, ki*, transmiten su significado a los verbos griegos *ktizó* (ocupar) y *keimai* y en ellos se origina el término latino *civis*. El subfijo latino *tat*, descendiente también del sánscrito *tati* y del griego *tet*, completó el cuerpo de la palabra. La ciudad, la civitas, en consecuencia, es el lugar donde se duerme, donde se habita. Por extensión nace su sentido lato de conjunto de casas y contingentes humanos aglomerados.

Hay dos tipos de definiciones de la ciudad: los monovalentes y los polivalentes, los que toman en cuenta un solo rasgo y los que recurren a una constelación de caracteres.

Los romanos otorgaron a la *civitas* un bargo, este criterio simplista falla: en Hungría hay aldeas con muchas decenas de miles de habitantes (Kecskemet, 87.000; Hodmezövasarhely, 70.000) y existen ciudades como Hauenstein, en Alemania, con 200 pobladores.

Los geógrafos han intentado también definir la ciudad unilateralmente y en tal empresa se empeñan Bruhnes y Deffontaines cuando dicen que "hay ciudad todas las veces que la mayoría de los habitantes emplean la mayor parte de su tiempo en el interior de la aglomeración, y que hay aldea cuando la mayoría de los habitantes emplea la mayor parte de su tiempo fuera de la aglomeración" (*Géographie humaine de la France*, 1926, II, pág. 80).

Pero el concepto de ciudad no cabe en un trazo unidimensional. Necesita ser integrado por la coordinación de múltiples caracteres.



Revista de la guarnición de Montevideo, por el comandante en Jefe César Díaz. (Grabado según un dibujo de A. D'Astrel. 1851. (Colección Assunçao.)

sentido mientras recibe la savia nutricia del árbol regional. Ciudad y región son las dos caras de una misma moneda. A veces ambas forman, dentro de una nación, un tejido de células pequeñas, íntimas, vigorizadas por ósmosis centenarias de productos, poblaciones e ideas. Otras veces, como en el caso de nuestro país, la ciudad y la región, que coincide con la integridad del territorio nacional, dialogan sin intermediarios. Las ciudades departamentales uruguayas, empalidecidas por el resplandor de la metrópoli —la ciudad madre que puede ser madrastra—, viven mediatizadas y subrogadas; laten débilmente; sólo representan los intereses de la capital en el Interior. De este modo, como definió Santiago Rompani, los arrabales de Montevideo son todo el país (*El ejercicio de la abogacía en el Interior*, 1947, pág. 13). Y así es, en efecto. La gran urbe sudamericana, después de absorber a sus arrabales por un proceso de fagocitosis y de minimizar a las ciudades del Interior por la deformación acromegálica que padecen, se enfrenta a todo el territorio sin instancias neutralizadoras. Pero no realiza este *tour de force* impunemente. Las minorías departamentales, sigue diciendo el Dr. Rompani, forman "colonias" en el seno de la capital, creando un "éxodo al revés del pueblo oriental" y configurando un drama distinto al de la campaña succionada por Montevideo: "el drama consiste en que es la campaña la que está golpeando las puer-

se preocupan mucho de las definiciones. La mayoría de los sociólogos, dando por supuestas las esencias de la vida urbana, se apresuran a precisar los rasgos que la diferencian de la vida rural. Lo urbanistas, a su vez, tampoco concretan claramente sus ideas al respecto: un grupo de ellos se dedica a la historia de las ciudades (von Gerkan, Lavedan, Wycherley) y otro grupo planea reformar las ciudades del presente o levantar ciudades funcionales en el futuro (Churchill, Saarinen, Sharp). Sin embargo las definiciones, con ser limitativas, clarifican los términos y ubican en la entraña del tema.

Para empezar, recurramos a la etimología y a la semántica, dos grandes auxiliares intelectuales que generalmente son menospreciadas en nuestro tiempo, amigo de reinventar significaciones y olvidar tradiciones.

La raíz de la voz ciudad se halla en la palabra indoeuropea *kei*, que significa estar acostado. Los indoeuropeos, como se sabe, entraron a sangre y fuego en los valles superior e inferior del río Indo, el Penjab y el Sind, 1.500 años antes de nuestra era, destruyendo las viejas metrópolis de Mohenjo-Daro, Chandu-Daro y Harappa. En sánscrito, el idioma del Rigveda, los verbos *kshi* (habitar) y *ki* (dormir) ofrecen la dimensión previa del fenómeno urbano y en Grecia, también invadida por los indoeuropeos, la voz reaparece originando toda una familia de palabras. De *keimai* (estar acostado) provienen *koma*, sueño profundo; *ko-*

pronunciado acento político y jurídico. El idioma español, a su vez, fecundado por la tradición romance, conserva para el término, además de la connotación edilicia, los significados respectivos de Ayuntamiento y de grupo de procuradores de Cortes.

Para algunos autores modernos que se basan en un carácter único las ciudades son concentraciones muy densas de población (Meuriot, Weber) o núcleos con caracteres demográficos especiales —alta nupcialidad y poca natalidad— (Rümelin). Otros prefieren las modalidades jurídicas y tipifican una ciudad donde existe un Consejo —*Stadtrat*— (Gusti). Otros buscan rasgos funcionales, y así Adam Smith las distingue por ser asientos económicos, Sombart porque viven del trabajo agrícola de los campos adyacentes, Ratzel por constituir centros industriales, Sieveking porque configuran encrucijadas del cambio, Wagner porque son "puntos de concentración del comercio humano".

Los estadígrafos, por su parte, eligen criterios numéricos. En Irlanda hay ciudad cuando el poblado sobrepasa los 1.500 habitantes, pero según la densidad demográfica de cada país ese criterio se modifica. En Francia se requiere un mínimo de 2.000 personas; en México y EE.UU., 2.500; en Grecia, recordando a la *polis* ideal de Platón, y en Bélgica y Holanda, congestionadas por la plétora humana, 5.000. Sin em-

Hacia 1801 la Corte de Rennes establece que es ciudad todo núcleo que tenga "una población numerosa a la cual se agregan establecimientos públicos para la armonía entre la asociación general y las necesidades comerciales".

Patrick Geddes, el creador de la Cívica y maestro de Mumford, considera un siglo después, que la ciudad resulta de la confluencia de tres elementos: *Poeple* (personas físicas, jurídicas e instituciones), *Affairs* (funciones) y *Places* (lugares).

El sociólogo René Maunier, en su obra *L'origine et la fonction économique des villes*, 1910, establece el siguiente criterio: "la ciudad es una sociedad compleja cuya base geográfica es particularmente restringida con relación a su volumen o donde el elemento territorial guarda una relación inversa con los elementos humanos".

Hans Dorries, hacia 1930, fija su atención en los elementos externos, materiales, de la ciudad y dice que ella se distingue por "su forma más o menos ordenada, cerrada, agrupada en derredor de un núcleo fácil de individualizar, y por su aspecto muy variado, compuesto por diversos elementos" (*Der gegenwärtige Stand der Stadt geographie*, pág. 314).

Seguir con las definiciones sería perdernos en un dédalo de ideas encontradas. Por ello creemos conveniente cerrar este capítulo transcribiendo la más completa y equi-

librada que conocemos, perteneciente al admirable tratadista norteamericano Lewis Mumford. Para este autor "la ciudad es una colección relacionada de grupos primarios y de asociaciones que persiguen propósitos determinados: los primeros, tales como la familia y el vecindario, existen en todas las comunidades, mientras que los segundos son especialmente característicos de la vida de las ciudades. Esos diversos grupos se mantienen a sí mismos mediante organizaciones económicas que tienen un carácter más o menos corporativo o que están reguladas públicamente; y todos ellos se albergan en estructuras permanentes dentro de una zona relativamente limitada. Los medios físicos esenciales en la existencia de la ciudad son la sede estable, el albergue duradero, las facilidades permanentes para reunirse, hacer intercambios y depositar artículos y productos; y el medio esencial es la división del trabajo, que no sólo intensifica la vida económica sino también los procesos culturales". "La ciudad, por lo tanto, en un sentido completo, es un plexo geográfico, una organización económica, un proceso institucional, un teatro de acción social y un símbolo estético de unidad colectiva" (*La cultura de las ciudades*, 1945, II, págs. 432-433).

MONTEVIDEO. METROPOLI SUDAMERICANA. — Nuestra capital, llamada la "bomba de succión" por Julio Martínez Lamas y calificada junto con Buenos Aires, Río, San Paulo, Santiago y otras, de ciudad tentacular, no debe su macrocefalismo al diabólico propósito de los que en ella residen o a la fuerza ciega de la entelequia urbana. América y Australia, continentes nuevos, padecen la enfermedad de las grandes ciudades y de los campos despoblados por una razón histórica y no por deliberado designio centralista. A su vez, esas ciudades, como expresa Pierre George, son centros de "especulación comercial creados por las poblaciones inmigradas en el transcurso de la época colonial y cuentan solamente dos sectores de actividad: el sector primario (más exactamente, los supervisores del sector primario regional) y el sector terciario" (*La ville*, 1952, pág. 7).

En las comarcas sudamericanas el europeo conquistador, y a ratos colonizador, fundó una ciudad-puerto costanera y de ahí se proyectó, como desde una catapulta, al innominado y desconocido territorio. La ganadería extensiva y el monocultivo fueron los tutores económicos que sostuvieron la penetración del hombre blanco en los desiertos de tierra adentro; las fronteras móviles, los arietes pioneros penetraron en las comarcas salvajes gracias al esfuerzo de unos pocos aventureros audaces que se alejaban de la ciudad colonial y se rebarbarizaban en contacto con la naturaleza plena y los pueblos indígenas.

De ahí que sea posible distinguir en América latina tres zonas concéntricas de población decreciente y originalidad autóctona progresiva. Esto fue muy bien advertido por Jacques de Lauwe quien, hace más de veinte años, observó que "partiendo del exterior, hacia el interior, se ven en América ibérica tres zonas de civilización: en el exterior, la zona cosmopolita, cuyo fondo es español, pero a la que el maquinismo y la aportación de los últimos inmigrantes ha dado un carácter nuevo; esta zona termina allí donde se detienen el riel o el automóvil. En seguida, la zona heredera directa del período colonial, cuya civilizacion es siempre medieval: el criollo aristócrata domina todavía al indio sometido o a los hijos del negro importado. Esta parte, cuya influencia es preponderante en la mentalidad iberoamericana, es la menos conocida del extranjero; la llamaremos como la llaman los mismos iberoamericanos, el Interior. Por fin la América salvaje, muy difícilmente penetrable, apenas explorada, donde el indio ha podido mantener su libertad" (*La América ibérica*, 1937, pág. 27).

El Uruguay carece ya de la tercera zona. No hay en nuestro país indios tribalizados ni territorios vírgenes, pese a los abundantes tipos mestizos y a las Quebradas de los Cuervos o Potreros de los Gauchos. Y en la segunda zona, alcanzada por el ferrocarril y el automóvil, el criollo terrateniente ve surgir tres categorías que atemperan su cacicazgo latifundista: la mediana propiedad ganadera o agrícola; la colonia extranjera o la implantada por el Instituto Nacional de Colonización; la proyección de una economía ciudadana menos monótona y de una legislación social más justiciera.

Con la ciudad americana artificialmente implantada acaeció un fenómeno peculiar, hijo también de un transplante, que Montevideo padeció de modo agudo. Se trata del enfrentamiento de los rurales ecuestres, que no son nómadas, con los urbanos apeados, que no son agricultores sino funcionarios, comerciantes y soldados.

El caballo, traído al Nuevo Mundo por los conquistadores, creó entre los indios, los mestizos y criollos una cultura hípica que chocó con la cultura de las ciudades costaneras de una manera distinta a la del Viejo Mundo. Tanto en el Lejano y el Cercano Oriente como en el anfiteatro del Mar Mediterráneo, los caballistas nómadas invadieron, en épocas de penuria alimenticia, las regiones ocupadas por los agricultores urbanizados y fusionaron sus formas de vida y concepciones del mundo creando así, impremeditadamente, los círculos de las altas culturas. Ur, la antiquísima ciudad caldea desenterrada por Wolley, debió soportar dos mil años antes de nuestra era el azote de los Amurru (los Amorreos), "una hueste cuyo ataque es como un huracán, un pueblo que desde la antigüedad jamás ha conocido una ciudad" (*Inscripción de la Tercera Dinastía*).

Así se precipitan los mongoles, los indoeuropeos, los hycsos, los mitanios, los kassitas, los gutianos, sobre los agricultores pacíficos que, para sobrevivir, deben militarizarse. La ciudad entonces se arma, crea el agricultor-soldado típico del área mediterránea o contrata el servicio de mercenarios, y luego apunta hacia la zona de los bárbaros —campañas de Alejandro, de Julio César— para sofrenar con la represalia urbana a los inquietos varones del nomadismo periférico. J. P. Mahaffy dice que Alejandro Magno fundó setenta ciudades a lo largo de sus campañas para "desalentar la esporádica vida campesina de las aldeas e incrementar las comunidades urbanas" (*The Story of Alexander's Empire*, 1905, pág. 92). Tácito, por su parte, en la *Germania*, pone en boca del britano Galgacus una apasionada protesta contra la vida urbana, que ablandaba el espíritu rebelde de los pueblos nórdicos y los predisponía a la servidumbre. Este estado de equilibrio no dura mucho. Mientras Roma puede detener las hordas nomádicas en los límites de su enorme imperio, el mundo de la ciudad triunfa e impone sus ideales y caprichos; cuando ya no le es posible, penetra el alud bárbaro y destruye la civilización. No se trata, empero, de una aniquilación total. Los bárbaros, al cubrir con su marejada las ruinas del Bajo Imperio romano se romanizan y hacen surgir la Edad Media al fusionar sus instituciones y su mentalidad con las de los vencidos.

En América los hombres de a caballo recién cayeron sobre las ciudades en el momento de la independencia y acentuaron, durante la tormentosa era republicana, su gravitación desquiciadora. Pero no venían como los nómadas de los viejos milenios, en busca de alimentos, sino en busca de poder. Sus caudillos, forjados en la lucha de facciones, querían apoderarse del Estado, rico parque de guerra y dispensador de privilegios.

Mientras duró el período colonial los jinetes criollos habían cercado a la ciudad con una movediza y hostil aureola. Esa ciudad no era una presa codiciada; no existían en ella reservas de alimentos, y aunque hubieran existido los hombres ecuestres no los necesitaban pues carneaban a destajo los ganados cimarrones. Cuando se produce la revolución libertadora, forjada en el campo y sostenida por el sacrificio heroico de aquellos rudos caballistas gauchos, la ciudad enemiga y lejana se convierte en el palenque de los ejércitos patriotas y cobra nueva significación. Ya no es el reducto español sino la representante tangible de una nación que se define; ya no es una antítesis sino un complemento. Y entonces comienzan las luchas de blancos y colorados, de caudillos y "galerudos", de militares y "dotores", por la supremacía gubernamental. Tanto en nuestra orilla como en la otra, el campo, periódicamente, invade la ciudad y sienta en ella sus reales. Arsenio Isabelle, que fue testigo de uno de estos hechos en Buenos Aires hacia 1830, dice que "a la menor señal de revuelta, se ve que se reúne bajo el pórtico del Cabildo una turba andrajosa de carretilleros, carniceros, aguateros y compadritos" que "llegan en masa para atizar el fuego". Cuando el gobierno hace avanzar a las tropas de línea o a un regimiento de negros, "entonces se ve a todos estos sediciosos de chiripá (los *sans-culottes* de la República Argentina) desbandarse en todos los sentidos, correr precipitadamente fuera de la ciudad, dirigirse al campo, robar todos los caballos que encuentran y reunirse con los gauchos, que se organizan de inmediato en montoneras, hasta que un jefe de partido bastante influyente los reúne un número suficiente como para sitiar la ciudad". La ciudad debe ceder por hambre pues "sus habitantes se nutren principalmente de carne y el pan es poca cosa para ellos y, para otra parte, es mucho más caro que la carne". Estos gauchos son "con respecto a Buenos Aires, lo que los tártaros con respecto a los chinos y los beduínos a Argelia", pues sus hordas, desde móviles atalayas ecuestres, dominan a la ciudad. Lo gauchos se han opuesto a "toda innovación útil al país"; el contacto con los colonos extranjeros les es odioso; no comprenden que "la patria es la nación entera y no solamente el campo en que han nacido". (*Viaje a Buenos Aires y a Porto Alegre*, págs. 116-117).

Pero un buen día, hartos ya de caudillos, de militares y de "candombe", los presidentes de ambas orillas del Plata desean inaugurar la edad del civilismo, de las normas urbanas, de la legalidad pacífica. Entonces, al ser provocados una vez más por los corajudos pero ignaros "generales" y "coroneles" que desde sus estancias primitivas contemplaban desconfiadamente la opulencia urbana, envían sus ejércitos de línea para quebrar de modo definitivo a los orgullosos y levantiscos terratenientes criollos. La ciudad vence así al campo y le impone su técnica, su albedrío y sus leyes. Y —¡cosa extraña!— cuando en la actualidad alguien quiere forjar una conciencia rural es menester que recurra a la radiotelefonía, típico instrumento urbano que requiere tecnificar el equipo rural para ser implantado y que, de paso, seduce al habitante de la campaña con el canto de sirena de la ciudad tentacular.

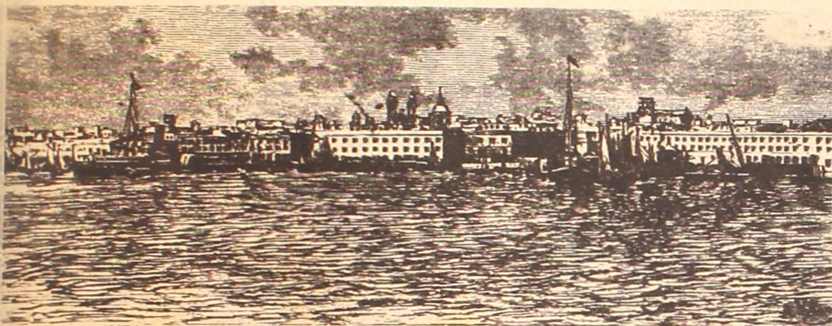
Después de lo dicho y de lo sugerido se comprenderá que Montevideo, urbe sudamericana, debe ser asediada desde otros flancos para que entregue el secreto de su vocación y el *pathos* de su destino. Y, aunque parezca paradójico, es menester interrogar a la vida campesina nacional para que sus esencias y valencias nos ayuden a establecer, merced al contraste, los caracteres regionales y universales de la sociología de Montevideo, metrópoli, gloria y pasión de los uruguayos.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Calle 18 de Julio. Grabado en sepia publicado en el libro de G. E. Bordoni "Montevideo e la República dell'Uruguay". 1885. (Colección Assunçao).



Montevideo desde la Bahía. (Grabado de A. Slom. 1871). (Colección Assunçao.)



Calle 18 de Julio. (Grabado publicado en el Album de la Exposición de París. 1888-89. (Colección Assunçao).

EL ATHENAION



Detalle del frente lateral permitiendo observar dos columnas con sus capiteles que conservan todavía algunas características arcaicas.

VOLVIENDO a los temas de arqueología clásica — para satisfacción de aquellos amigos que creyeron habían sido abandonados en estas páginas — queremos presentar hoy un templo, famoso en el mundo griego, llegado hasta nosotros con los signos invalorables recogidos a lo largo de sus 2.440 años de vida. Ese templo es el de Atena en Siracusa, bella, luminosa ciudad de la Sicilia.

La justa fama de la belleza del Partenón ha vedado a muchos el esplendor, altísimo por cierto, de muchos otros templos que levantados también por el genio del pueblo griego, se encuentran diseminados por todos los ámbitos del mundo que Grecia civilizó.

El templo de Atena en Siracusa fue construído en la primera mitad del Siglo V A C. Primitivamente, o mejor dicho, antes de la construcción de este gran templo, existía en el mismo lugar un altar rodeado de variadas construcciones y de un templo dórico arcaico. Hacia el año 475 (esta fecha está dada por el estudio del material de relleno) el lugar fue preparado para erigir el gran templo. Gobernaba entonces Siracusa el gran Gelón bajo cuyo mando la ciudad adquirió notable importancia y alto grado cultural.

Los restos de los edificios así como del templo arcaico, son reconocibles debajo de la platea construída para el nuevo santuario. Este último templo junto con el de Diana, son recordados por Cicerón como los más importantes que existían en su tiempo en Siracusa (Contra Verres, IV, 53).



El estilóbato del templo.



Fachada lateral de la Catedral de Siracusa.

Elévase el peristilo sobre un estilóbato de tres gradas; aquel tenía 14 columnas en su lado mayor y 6 en el menor lo que daba al períptero, es decir a todo el contorno del templo, 36 columnas; éstas, de orden dórico, median mts.: 8,60 de alto y 2,00 de diámetro. Los cimientos del edificio llaman la atención por su poderosa estructura construída en forma de red.

Consérvanse, in situ, 23 columnas del peristilo y dos del opistodomo (la parte posterior de la parte interna del templo). Muy poco subsiste de la decoración exterior del templo; en el Museo de Siracusa se conservan varias cabezas de león que hacían de gárgolas encastradas en la cornisa superior; ésta ha desaparecido. Las metopas y los frontones no tuvieron decoración; en el tímpano oriental del templo brillaba un gran escudo de bronce dorado que dada la posición del santuario, era lo primero que Siracusa mostraba a las naves que se allegaban a su puerto.

El techo estaba cubierto con tejas de mármol: numerosos exvotos de bronce veíanse colgados por todas partes del templo; en la cella (la parte central del templo donde se guardaba el simulacro de la divinidad) se encontraban pinturas de alto valor decorando sus muros con escenas de una batalla y los retratos de los tiranicidas; las puertas del templo estaban ricamente cubiertas con marfiles tallados.

Una galería o túnel que se encuentra debajo del templo, oficiaba de cloaca para dar salida a las aguas y lo hacía a través de los cimientos del peristilo por una abertura construída debajo de una de las columnas. Respondía esta cloaca a la necesidad de dar fácil salida a las aguas pluviales que caían en el pavimento del templo (numerosos ductos ponían en comunicación el piso con la cloaca). Este sistema de alcantarillas es un patente documento demostrativo de que el templo de Atena de Siracusa era hipetro, es decir con amplia abertura en el techo, como lo eran muchos, sobre todo si de grandes dimensiones, en el mundo griego.

Relacionada con la construcción del templo contábase una historia donde el encargado de la misma (digamos sobrestante) aparecía apropiándose de algunas piedras bellamente talladas y destinadas al templo para construir su propia casa la cual en castigo del sacrilegio fue destruída por un rayo. B. Pace ha demostrado que este episodio, con mucho de verosímil, se refiere, no al nuevo templo sino a la construcción del templo arcaico. (B. Pace: *"Arte e Civiltà della Sicilia Antica"* T. II, lib. IV).

El cristianismo, en sus comienzos, tuvo que penetrar en un mundo rico en hondos valores religiosos que tenía su expresión formal en las maneras de su culto externo. Con gran trabajo la nueva religión hubo de introducirse sin chocar con un método de vida y sin destruir usos y ceremonias de antiguo arraigo que en nada contradecían los fundamentos de la nueva Fe. Es así que el Papa San Gregorio Magno — fue Pontífice entre los años 590 y 604 — al dar sus instrucciones al presbítero Lorenzo y al abad Melito que iban a evangelizar a Inglaterra, les dice que no es necesario demoler los templos de los dioses sino derribar los ídolos, bendecir esos mismos templos y consentir las antiguas usanzas religiosas convirtiéndolas en solemnidades cristianas. Indudablemente estas instrucciones no fueron exclusivamente dadas a San Lorenzo y San Melito sino que traducían el modo corriente y general que tenía la Iglesia para enfrentar esos problemas. Y así efectivamente sucedió en todas las partes del Imperio Romano. Aquellas regiones que habían pertenecido al mundo griego, vieron también sus templos convertidos en iglesias cristianas. Desde luego que no la totalidad de ellos ya que superaban en mucho las necesidades de la nueva religión. Los templos que no fueron cristianizados se perdieron lamentablemente, en cambio, los que fueron adaptados al nuevo culto alcanzaron a conservar — aunque con parciales modificaciones — su estructura y su belleza hasta nuestros tiempos. Ejemplo de ello lo tenemos en el Partenón, en el templo de la Concordia de Agrigento, en el templo de Segesta, en el Thesieon de Atenas, en el templo de Artemisa de Siracusa, etc., etc.

Para convertir un templo griego en templo cristiano, se invertía la orientación, es decir se colocaba el ingreso en lo que ante-

DE SIRACUSA

era la parte posterior del templo y se construía un ábside en lo que era su frente. Los intercolumnios se llenaban con obra de piedra o mampostería de modo de obtener un muro continuo en torno al edificio y las paredes de la cella eran perforadas de modo que se les transformaban en una doble serie de arcos y pilastras quedando así el santuario convertido en una basílica de 3 naves y sin transformar el antiguo techo que continuaba siendo el mismo; en caso de tener éste la abertura a la que hemos hecho alusión, ella era cerrada con el mismo procedimiento con que estaba cubierto el resto del templo. Así, por este anillo, pasó la tradición de la techumbre clásica a los templos cristianos manteniéndose hasta fines del Medio Evo.

En el Partenón y el Theseión los intercolumnios no fueron rellenados ni se abrieron las paredes de la cella porque ésta ya estaba dividida en tres naves por dos filas de columnas.

El templo de Atena en Siracusa, que es casi desde su transformación en santuario cristiano, la catedral de la misma ciudad, ha permanecido en función desde su fundación hasta el día de hoy: primero como templo dedicado a Atena desde aproximadamente el 475 A.C. hasta fines del 500 o principios del 600 de nuestra era en que es consagrado al culto de la Virgen María; como templo cristiano funciona hasta la toma de Siracusa por los árabes en el año 878; los árabes lo transforman en mezquita. Cuando los normandos conquistan Siracusa en el 1085, el santuario vuelve al culto cristiano, culto que desde entonces hasta hoy ha venido celebrándose sin interrupción.

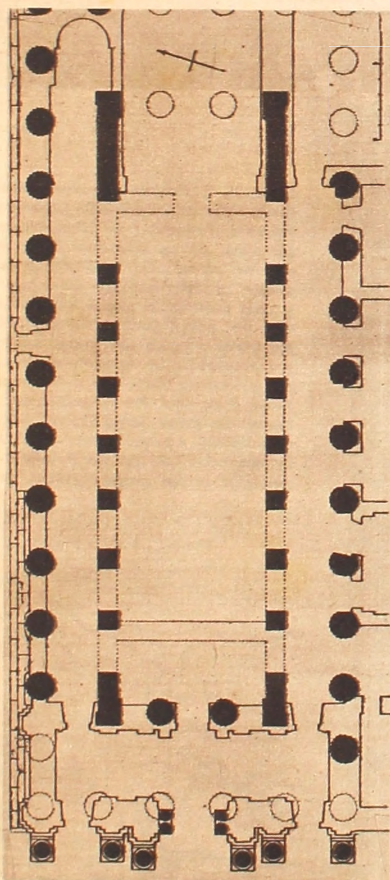
En el año 1170 el terremoto que sacudió la ciudad hizo desplomar el techo, el viejo antiguo techo del templo de Atena. Vuelven los terremotos (en 1542 y en 1693) a dañar el santuario. Su actual fachada, de un barroco grandioso, es obra de Andrés Palma y fue levantada para substituir la fachada normanda destruída por el terremoto del año 1693.

Restauraciones modernas han puesto a la vista muchas partes estructurales del primitivo templo de modo que con notable claridad es posible leer la transformación del santuario de Atena en santuario cristiano.

Todas las vicisitudes del edificio, desde su transformación en templo cristiano hasta las restauraciones a que hemos aludido, se encuentran magistralmente expuestas en el estudio de G. Agnello, *"Il Duomo di Siracusa e i suoi restauri"* publicado en la revista *"Per l'arte sacra"*, Milán, 1927. En la misma publicación y del mismo autor: *"La Cattedrale di Siracusa"*, 1931.

Luis BAUSERO
(Especial para EL DIA)
(Fotografías del autor)

El frente barroco levantado en el Siglo XVIII.



Planta de la Catedral de Siracusa. Las partes llenas del dibujo corresponden a lo que subsiste del templo griego, las líneas punteadas completan la planta del santuario de Atena, las líneas continuas corresponden a las construcciones posteriores y subsistentes.



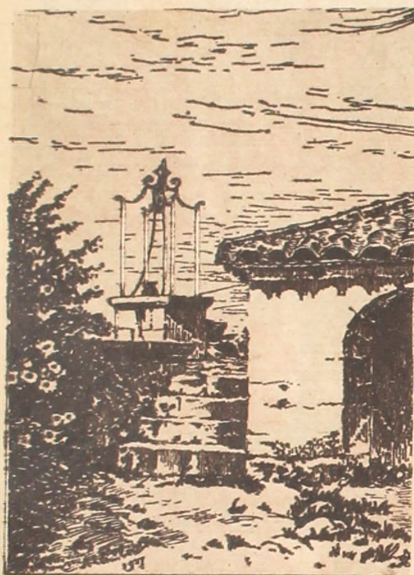
Nave lateral izquierda; obsérvese el solemne aspecto que confieren las columnas dóricas emergiendo de los muros.



Arcadas abiertas en los muros de la cella para crear la basílica de tres naves.



Monte y capilla del Calvario.



Pozo típico.

LA ESPAÑA ETERNA JAVEA L

En los días más fríos del mes de enero cuando Castilla tiene ese color gris acerado que recuerda mantos inacabables de nieve, se toma la perfecta carretera del Sureste de España para llegar, en unas cuantas horas de rodaje cómodo, a la maravillosa tierra mediterránea que se llama Provincia de Alicante. Aunque no tuviera esta provincia los escritores, los músicos, los poetas que tiene, una sentiría el peso inefable de la belleza y acabaría cantando como ellos —Miró, Azorín, Esplá, Vicente Ramos, José Albi— en ansia de pereanizar con pobre palabra humana cuanta hermosura existe allí.

Luego de Alicante, ciudad que por sí sola vale un mundo y de cuya riquezas naturales y aumentadas por los hombres (aludamos, siquiera sea muy de paso, a la obra de la Caja de Ahorros del Sureste de España, cuya importancia social es digna de estudio), tomamos la carretera de Valencia. Y por un auténtico paraíso que se prolonga kilómetros y kilómetros, avanzamos hasta llegar a Ifach. En Ifach, como dijo Miró, hasta siendo barco hay que respirar hondo porque se ahoga una de belleza. Pero, ¿y Altea, y Benidorm...? La orilla prodigiosa del mar soleado, peralada de almendros floridos con una floración nívea que es más blanca que la propia nieve, huele como el cielo cuando se quiere superar siendo mar mediterráneo! Y no hay hipérbole, no, lectores míos de allende el Atlántico: es milagrosa realidad que aturde al que la contempla.

Los pueblecitos alicantinos de la costa acogen con la milenaria sabiduría que mejor puede soñarse. Los hombres y las mujeres que viven aquí saben más del mundo que la propia tiera de sí misma; y su sonrisa, su gentileza, su auténtico señorío son alivio y ventura de caminantes.

(Se diría, leyéndome, que estoy *pensionada* por el Turismo alicantino...! Pero mi alabanza se debe, y ello es verificable, al enorme amor y gratitud que por su belleza siento hacia esta tierra privilegiada alicantina.)

Cuando ya parece que es imposible encontrar más almendros floridos, más puro y azul y dorado y rosa mar encendiéndose a nuestro mirarse en él, aparece Jávea. Jávea no está en el camino; a Jávea hay que buscarla, ladeándolo, porque como una amante mora ella se oculta del tránsito general y brilla en su apartamiento señero, igual que brillan las joyas que el avaro oculta y solamente saca en su absoluta soledad para recreo de su fiebre.

Jávea es solemne, señorial, hermosa y recatada. Jávea no se parece, siendo de la misma cantada familia de pueblitos mediterráneos, a ninguno de ellos. Como a todos los amo, yo no diré que Jávea sea mejor que los otros; pero sí diré que es distinta, y que su diferencia la hace más deseable y más entrañable que a los demás. En Jávea, yo, pobre poetisa sin más caudal que los sueños irrealizables!, he sentido el deseo tremendo de quedarme para siempre: de quedarme, viva o no viva, eternamente junto a su mar. En el promontorio apretadísimo de pinos de su Cabo La Nao; en su maravilloso, en su indescriptible Portichol; en sus calas con luz de Patinir (como Cadaqués); en su propio pueblo, generoso y



Jávea, desde la A

Atalaya del Sol. Jávea.



Vista general y típica

A INOLVIDABLE



...a del Sol.

...ntil, lleno de nobles edificios, poblado ... señores de la tierra que aun estiman lo ...e vale el señorío del espíritu por encima ... accidental de la riqueza.

En Jávea hay hoteles, pensiones, resto...nes, cafés (¡con café de verdad americano!); y, sobre todo, hay un lugar admirable, ... Atalaya del Sol, desde donde poder ...r cielo y mar, a bocanadas de gloria, en ...a soledad y en un silencio no exentos, ...más, de las atenciones más exquisitas que ... civilización ya nos exige a todos.

En Jávea hay eruditos, estudiosos, da...as amantes de la cultura y del ensueño ...troncadas con lo más aristocrático del ...ís; y al decir aristocracia me estoy refiriendo, amigos, siempre a la España eterna. Aquella que, pase lo que pase por encima de su tierra, sigue su camino solemne a través de los siglos.



...a de campo.

Sé que al hablar como hablo de Jávea le hago un pequeño mal: el de incitar a quienes no la conocen, a visitarla. Perdónenme los naturales suyos, y comprendan que no es solamente el prodigioso pintor Lambert el que llegó allí hace 30 años y se quedó para siempre: que también yo, la más humilde de sus amigos, llegó un día de enero para quedarse (aunque sólo sea en espíritu) en Jávea también.

¡Cuánto daría yo por vivir un largo tiempo, si es que todo tiempo no me fuera dado, en una de sus casas frente al mar, sobre el mar, oyéndolo, oliéndolo, tragándomelo con los ojos como mi garganta tragaría el vino más precioso de sus vides! ¡Cuántos sueños de poesía, de eternidad y de inmortalidad, soñaría yo si pudiera, en Jávea!

En el Cabo La Nao se disfruta de una paz que ya no tienen los hombres; es como si los viejos navegantes que desde lejos lo contemplan y ansían, por fin volcaran sobre su mole inmensos cargamentos de silencio divino. Y andando por los campos mullidos, labrados, cuajados de árboles frutales, ebrios de sus mismas espesas vides, se conecta con lo que jamás será impuro: con la creación siempre tierna desde las manos del creador. Tierra, mar, almendros, algarrobos, olivos...; casonas de piedra dorada, casas de labor colmadas de frutos; criaturas lentas y sonrientes para quienes la prisa es una ofensa; voces reposadas que al vertiginoso acontecer de los extraños oponen palabras de dulce pacificación humana.

En Jávea se puede pintar, escribir, componer música. Yo quisiera dedicar a Jávea algo mío entrañable: corresponder a su belleza y a la acogida de sus seres, con lo mejor mío. Ojalá que la vida, tan difícil para los que más la sabemos apreciar y cantar, me permita acercarme otra vez a Jávea para ofrendarle algo más que mi corazón.

Es una carretera perfectamente trazada y cuidada la que, partiendo de Alicante, os llevará a Jávea. Cuando la dejéis, en un punto determinado —a unos casi cien kilómetros desde Alicante— para buscarla, recordaréis mis palabras de esta invitación a su conocimiento. ¡Si para ese día pudiérais encontrarme allí!...

Carmen CONDE.

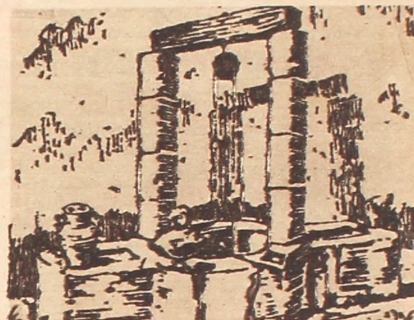
Dibujos del arquitecto Andrés Lambert.

Castilla, 1959.

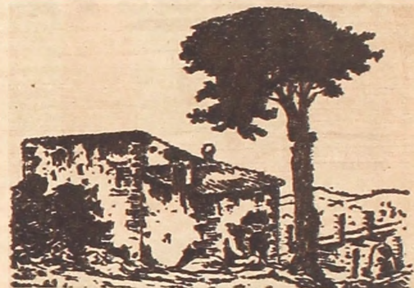
(Especial para EL DIA.)



Capilla y Vía Crucis.



Dos típicos pozos.



Antigua finca denominada "El Rebaldi".



Interior de Atalaya del Sol.

¿SIRVE PARA ALGO LA GRAMATICA?

TENEMOS la convicción de que son más los que negarán su utilidad, que los defensores de sus normas. Los primeros argüirán sofisticamente: Homero nos dejó dos magníficas epopeyas y no conocía Gramática; Cervantes escribió "El Quijote" sin haber estudiado códigos de la lengua. De acuerdo. Pero los citados creadores nacieron con genio literario, y a los genios, decía Napoleón, no se les dictan leyes, puesto que son ellos quienes las formulan y las renuevan.

Los partidarios de la Gramática argumentan que aquellos que no son literatos por naturaleza, encuentran siempre en los preceptos del idioma nociones útiles para el correcto escribir. Y añadirán que el sometimiento a las leyes, aun cuando sean transitorias y convencionales, es siempre mejor que la conducta ácrata o anárquica.

Mientras no se descubra algo mejor, dice Bally, la enseñanza de la Gramática será siempre un dique contra lo arbitrario.

Por no saber Gramática, muchos que presumen de doctos emplean expresiones heterodoxas como "deben haber desconformes" (debe), "hubieron grandes festejos" (hubo), "se vende la casa y los muebles" (se venden), "doldrá" (dolerá), "satisfacieron", (satisficieron), etc.

Es verdad que las Gramáticas no se ajustan regularmente a la realidad del idioma, pues éste se encuentra en perpetua mutuación. Las Gramáticas quedan rezagadas con respecto a las nuevas normas que impone el buen uso, que es el de la gente educada, según es ampa Bello en el prólogo de su Gramática.

Los textos que legislan sobre el idioma se resienten de pasatismo, a partir de la Gramática de la Real Academia, que para ejemplificar las reglas sintácticas no se ha atrevido a pasar del Siglo de Oro. Y desde mediados del siglo XVII a nuestros días, ha corrido mucha agua bajo el puente del idioma.

Es frecuente que los gramáticos tengan resabios de Lógica formal; les cuesta admitir que el idioma se ajusta más a una Lógica afectiva o intencional que a los rigores silogísticos. Así, no se animan a canonizar los desajustes que existen entre lo emocional y lo que es logicista. Por ejemplo, es verdad psicológica que son negativas expresiones como "en toda la noche he podido dormir", "en mi vida he visto cosa igual"; sin embargo, los escolásticos no se arriesgan a incluirlas entre las oraciones negativas, porque carecen del signo correspondiente.

Todas las Gramáticas mantienen, entre otras categorías, como existente en pleno vigor al verbo en pretérito anterior, que casi nadie usa en España y en América; basta expresar que en toda la copiosa y significativa obra de Jacinto Benavente no aparece ese tiempo verbal.

Este asunto de no subordinar la fluencia elástica del lenguaje a la rigidez de los formulismos, es tan viejo como la cultura: aparece ya en el "Cratilo" de Platón.

El famoso precepto horaciano de que el uso es la suprema ley, fue sabiamente corregido por Quintiliano cuando afirmó que el uso es ley siempre que se adapte a la índole del idioma y tenga el respaldo de la costumbre consagrada por la autoridad. Un ejemplo entre mil: el Diccionario y la Gramática de la Academia rechazaron hasta hace pocos lustros la palabra *etiqueta* en la acepción de *marbete*, por considerar tal empleo como un barbarismo; pero el buen uso legitimó esa acepción, y en las últimas ediciones se incorporó al léxico oficial el vocablo *etiqueta* con el sentido de *rótulo* o *marbete*.

Las Gramáticas, cuando se acompasan y se racionalizan con la evolución del idioma, son instrumentos indispensables. La repulsa de algunos escritores por lo preceptos de la lengua, tiene cierta semejanza con el desprecio de la zorra del fabulista por las uvas maduras. A muchos escépticos de la Gramática les gustaría hablar y escribir sin errores, y se deleitarían con la corrección de un estilo labrado según los cánones literarios. Pero les falta voluntad o inteligencia para emprender estudios lingüísticos que los doten de propiedad y elegancia. Les resulta más cómodo el menosprecio por las normas de la Preceptiva, que la aplicación de un esfuerzo que capacite para el manejo de un lenguaje correcto.

Es indiscutible que con reglas gramaticales no se adquiere ingenio para hablar y escribir con gracia, corrección y naturalidad; pero es innegable que cuando no se han obtenido las normas del bien decir por impregnación en el medio en que se actúa o por contagio con el trato de buenos libros, la Gramática proporciona gran parte de los recursos para comprobar si lo que expresamos tiene exactitud y pureza.

El menestral está dispensado de estudiar Gramática, pero no el hombre que actúa en la vida pública como dirigente social. En discursos oficiales hemos visto expresiones de esta índole: "muchas mejores obras" (mucho), "prometo de no faltar" (no faltar), "cualquiera sean las causas" (cualesquiera), "yo soy de los que opino" (opinan) y otras transgresiones imperdonables en quienes intentan dirigir a los demás.

Es común que entre la inflexibilidad de las Gramáticas y las liberalidades populares se entablen pleitos de difícil solución, puesto que aquéllas suelen desaprobar cuanto no encaja en sus reducidos moldes. Felizmente, la lingüística moderna estudia sin prejuicios muchas incorrecciones que en virtud de su uso generalizado entre personas cultas, pasan a la categoría de ortodoxas. Vaya como ejemplo el galicismo "entrenar" que han empleado, entre otros, Gabriela Mistral y Manuel Gálvez, que ya entró con asterisco en el Diccionario Manual de la Academia del año 1956. Estamos seguros de que para una nueva edición desaparecerá la condenatoria estrellita.

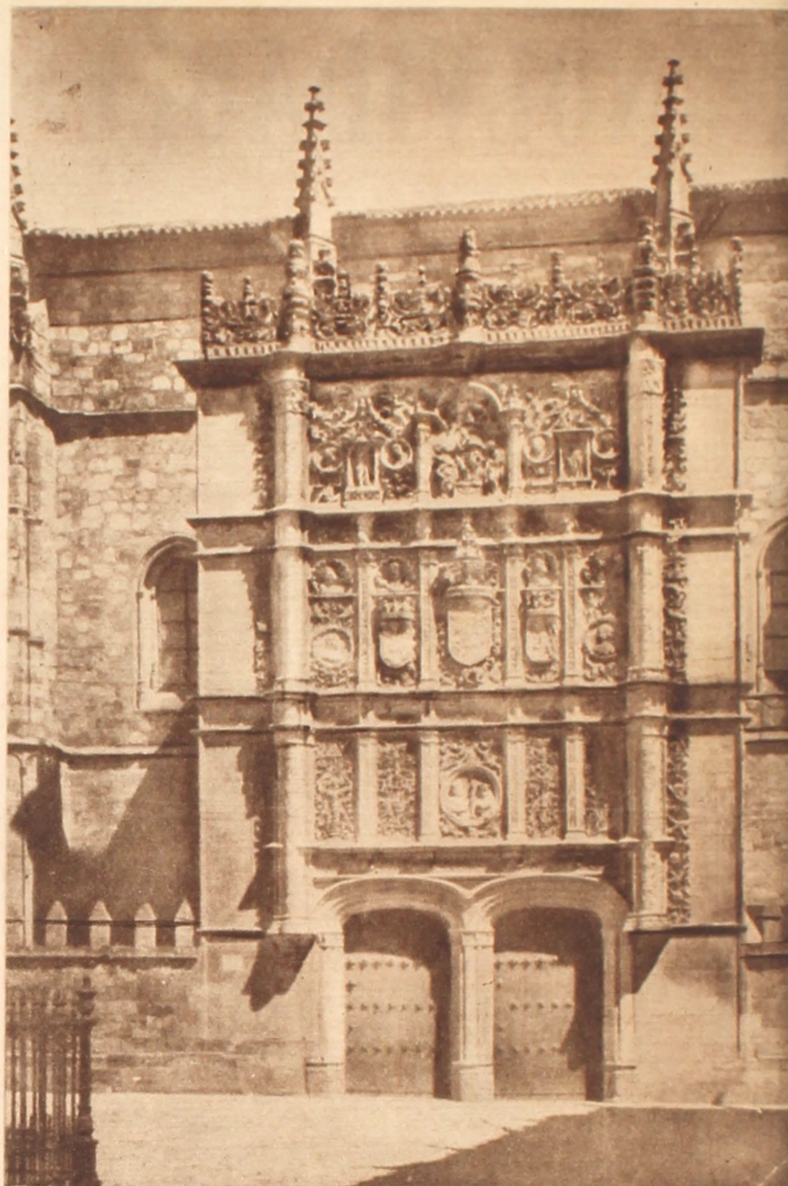
Convengamos en que la primera Gramática castellana de Nebrija, prestó inestimables servicios a la lengua del Imperio español, y el pobre código de los gramáticos franceses del siglo XVII, al defender el clasicismo literario y levantar barreras contra los desmanes del lenguaje, contribuyó eficazmente a moldear una lengua clara y correcta, de consagración universal.

En la Grecia clásica, los sabios de Alejandría y sus rivales de la escuela de Pérgamo fueron los primeros en codificar las nociones gramaticales dispersas desde Protágoras y Demócrito. Con ello realizaron mucho en favor del ordenamiento de la magnífica lengua griega. En Roma hubo gran afición a la Gramática a partir de Crates. En el célebre libro "Noches áticas" de Aulio Gelio, se documenta el entusiasmo que hubo para la Gramática, fundamentalmente en la decadencia del Imperio.

En consecuencia, hay que estudiar Gramática, porque el ideal de la educación es que la gente hable y escriba con propiedad y decoro. Este carácter revela fuerza espiritual, y si aspiramos a un predominio de cultura, ya que no seremos nunca una potencia económica, el cuidado de la lengua traza los cauces por donde ha de correr ese anhelado devenir nacional.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA.)



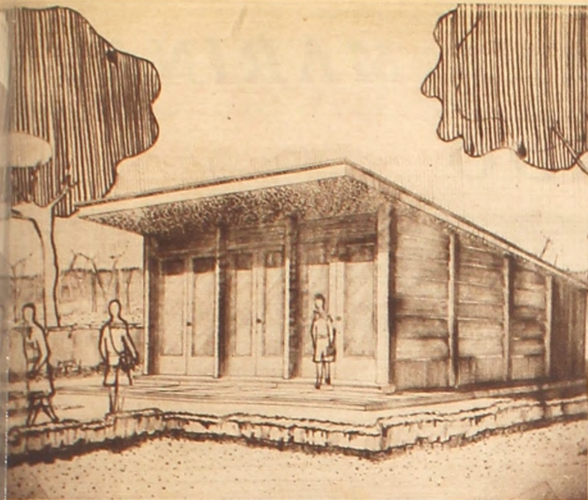
En la célebre Universidad de Salamanca se dictó el primer curso de Gramatica castellana.

SEÑORITA MARIA MERCEDES IDIARTEGARAY

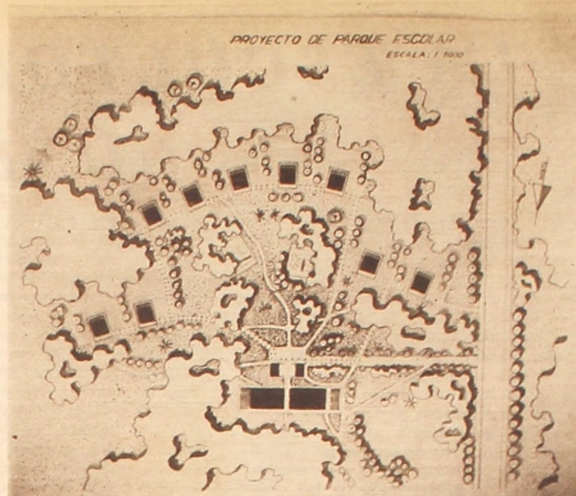


Perteneció al grupo de mujeres batllistas que, en infatigable lucha contra la dictadura marxista, soportó venganzas y persecuciones, combatiendo a quienes habían destruido las instituciones democráticas del Uruguay. Su fallecimiento ha producido intenso pesar en cuantos la conocieron y pudieron valorar su extraordinario don de simpatía, inteligencia y fervor batllista.

PRIMER PARQUE ESCOLAR EN MONTEVIDEO



Aula en el Parque, rodeada de cielo y pinos. (Proyecto del arquitecto Isabelino Nieto).



Esquema ideal del Parque Escolar: las aulas entre los pinos (Arq. Isabelino Nieto.)

HACE más de cincuenta años, que el doctor Vaz Ferreira dio a conocer su proyecto sobre Parques Escolares. Años de honda meditación, conocimiento acabado de nuestra realidad escolar, y el anhelo de lograr una raza fuerte y sana dando vigor orgánico a la niñez, le ofrecieron los elementos para concebir la escuela con horizontes abiertos, plena de luz y aire, rodeada de árboles y de toda belleza natural.

Definió el Parque Escolar como "la escuela en el campo para niños de la ciudad". Para esto quería un terreno suburbano, arbolado en parte, donde se levantarían los edificios parciales para las aulas y los de carácter general, para la dirección, laboratorios, comedores y demás dependencias.

Durante muchos años explicó este proyecto en su cátedra de conferencias, en el curso de Pedagogía que dictó en 1914 en la Universidad, en la prensa, por medio de folletos. Sostuvo siempre que era preciso levantar las escuelas de la población urbana "no en la misma ciudad, sino en campo próximo a ella" y mostró acabadamente las ventajas pedagógicas, higiénicas, estéticas y económicas que ofrecen los Parques Escolares.

A través de los años el proyecto no ha envejecido. Al adquirir Montevideo, caracteres de gran ciudad mantiene su actualidad y ofrece su contribución para resolver, en parte, el obsesionante problema de la edificación escolar.

En 1954, la actual Consejera de Enseñanza Primaria y Normal, profesora Blanca Samonati de Parodi, presentó al Consejo que integra, un proyecto de actualización del estructurado por Vaz Ferreira, creando un Parque en los alrededores de Montevideo, primero de la serie a distribuirse en el país.

Aprobado dicho proyecto, por el Consejo, se pensó en ubicar este primer Parque en un terreno suburbano, en Carrasco, zona que ofrece, además de su proximidad a Montevideo, la belleza de su costa y de sus árboles.

En el predio del viejo Polo Club de Carrasco, se levantará el primer Parque Escolar, dentro de un marco de pinos, llevando el nombre de Vaz Ferreira, como el homenaje más alto que la Escuela Uruguaya puede rendir al ilustre pensador.



Las avenidas del Parque se pierden en la arboleda.



Fresca sombra con aroma de pinos.



La escuela actual, en el Polo Club de Carrasco, que será la dirección del Parque.



Perfume de bosque y tonos suaves de luz en la escuela abierta en plena naturaleza.



Desde el aula se puede admirar la belleza de los árboles.



Juegos de niños bajo los viejos árboles que filtran la luz.

LA ESCULTORA BOLIVIANA MARINA NUÑEZ DEL PRADO

MARINA Núñez del Prado es una escultora triunfante en los salones de exposiciones de Europa y América. Ha mostrado sus criaturas de andesita, bronce y madera ante el asombro y el silencio admirativo de los públicos de muchos países. Marina tiene todo el aspecto de una castellana y no obstante, esta bien plantada castellana es una cinceladora vigorosa de sus poderosas estatuas de indios. Quien contemple sus maderas, sus piedras y sus bronces, quedará sobrecogido ante la fuerza elemental y expresiva de esta escultora formidable. Toda la sangre de la raza combatiente y toda la insurrección de las cumbres andinas hablan por esta mujer blanca y delicada como una magnolia. Dice una monografía artística, refiriéndose a Marina Núñez del Prado: "técnicamente, es robusta en su modelado a planos y masas. No le interesa el calidadismo, sino más bien los grandes bloques indígenas, macizos como sus montañas nativas, como sus piedras tiwanacotas. Aunque racialmente blanca, su alma aflora la más consustanciada indianidad telúrica. En ella habla la subconsciencia, que es la zona más recóndita de donde emana el sentido creador".

Al modo de los pintores contemporáneos de México, Marina Núñez del Prado contribuye con su obra escultórica a las grandes reivindicaciones masivas. De su cincel brota la angustia, la inconformidad y la ternura indígena, pero, ennoblecidas y jerarquizadas por su inspiración.

En el museo de "National Asociation of Artists" de Nueva York, puede verse una de sus obras de realización e inspiración magistrales: Mineros. Hacen escasamente tres o cuatro años que en París, ha sido premiada y adquirida otra de sus tallas entre todo un concurso mundial. Es que Marina, es una intérprete fiel de la cósmica fuerza y belleza de nuestra América india.

Es proverbial el virtuosismo con que los indígenas bolivianos, labran la piedra hasta hacerla florecer en delicados y frágiles acantos y otros ornamentos de la flora nativa; ese secreto, ha sido aprehendido por la escultora y su cincel hace prodigios en la durísima andesita semejante al pórfido, labrando bellas expresiones humanas entre la polvareda de la piedra iluminada a momentos por un enjambre de chispas de fuego que brotan al golpe de su cincel. Marina hace el milagro del llanto y la sonrisa de la piedra. Por eso, seguramente, Gabriela Mistral, dijo: "El altiplano frecuenta a Marina; él hizo sus ojos y su mirada y ella le devuelve generosamente cuanto ha recibido. Allí está su prole mágica de hombres, niños y mujeres, y del animal más bello que ha visto la luz: la llama con cuello de retrato pre-rafaelista y ojos de madona". Como si la roca fuera dúctil como la cera, como si la piedra se humedeciera en su corazón con licor de ternura, así queda la impronta de Marina en sus criaturas humildes de anchos párpados caídos.

En Bolivia, hay un antecedente artístico conmovedor en el escultor indígena Francisco Titu Yupanki que, devotamente, apasionadamente modeló la virgen trigueña de Copacabana; con la misma fe, con el mismo ardor y con un empuje bravío, Marina esculpe sus piedras y sus bronces. A Titu Yupanki y a Marina Núñez del Prado les vienen los pulsos creadores de la indómita y hermosa naturaleza que es raíz y vértigo de los Andes, quizá por eso mismo, Gabriela Mistral, la incomparable poetisa andina, dijo lo siguiente, refiriéndose siempre a Marina: "Hojeando por décima vez el álbum fotográfico de su producción, en un encantamiento que no se me triza ni se me aja, yo me digo: Esta es la obra de la mujer más madura en su arte que yo haya conocido en mi raza y también en otras, con lo cual mi fe en nuestros pueblos que son de ayer, se afirma tanto que sonrío a esa familia de criaturas fieles, genuinas y adorables. Y, por gratitud y por regusto de lo legítimo y veraz me tardo en los grupos indígenas, en la cargadora del hijo y en la india estática con los párpados cargados de fatiga, pero también de ensueño, el ensueño indio que me conozco... porque vive en mí también...".

Marina Núñez de Prado como Diego Rivera, como José Clemente Orozco, como David Alfaro Siqueiros, como la misma Gabriela es una voz auténtica de América que va pregonando nuestro destino, el destino de nuestros pueblos en un solo meridiano de acción cultural.

Guillermo VISCARRA FABRE

(Especial para EL DIA)



Cabeza aymará, escultura de Marina Núñez del Prado.

DETRAS DE LA MASCARA

"Le Carnaval s'amuse!
Viens le chanter, ma Muse,
En suivant au hasard
Le bon Ronsard!"

Banville.

POR un puñado de días cada año, el Carnaval instaura su reinado efímero, hierve en mostos calientes de locura, aviva los ojos y la fantasía de los niños con el despliegue multicolor de sus lujos falsos, su mentira deslumbrada y el remolino seductor de su engañosa alegría, y pasa.

El paganismo nunca se fue del todo. Los dioses desterrados por el Dios monoteísta del cristianismo supieron burlar la excomunión y se las arreglaron para volver del exilio, incorporándose, como una travesura, a estas fiestas del Carnaval, que suel an al aire los chisporroteos finales cuando la iglesia celebra su melancólico Miércoles de Ceniza.

El Carnaval de ahora es la versión moderna de las dionisíacas, de las fiestas en honor de Pan, de las saturnales, de todos aquellos desenfrenos de la antigüedad, cuando un hombre muy nuevo inauguró en el tiempo que aún era joven, una tradición que sería muy vieja, y de la que conocemos el rostro un poco marchito ya, porque sobre él han desfilado siglos limando los perfiles violentos de los orígenes.

Es innegable la pujante vitalidad con que a través de todas las edades ha subsistido la extravagancia humana. Un limo de locura colectiva abona estos festejos, desde la hora trágica en que la celebración de Dionisos finalizaba en orgías de vino, sangre y muerte, hasta los de hoy, domesticados por la civilización, pero que fácilmente muestran la zarpa agresiva. La biografía larga del Carnaval nos enseña, en esencia, que el individuo se solazó siempre en la evasión de sí mismo, en el desdoblamiento de lo que es y lo que querría ser, lo que tiene y lo que soñó tener. La gloria ficticia de la carnestolenda se lo da todo, aunque dure poco —que durar poco es una de las ventajas de los sueños y de los amores "eternos"— y él se conforma con el consuelo fácil, incapaz de rehusar el subterfugio para preferir la realidad descarnada y sin relieve de cada día. Y como no puede subir hasta los dioses ni codearse con los poderosos, se regocija bajándolos hasta él: divinidades y reyes de corta vida, a su estatura, papas falsos como los de la festividad medieval del *Día de los Locos*, remolino descontrolado como en la antigua fiesta de los inocentes, el cetro de lo absurdo ha pasado de mano en mano, y si se ha amenguado la sonoridad de los cascabeles que antaño adornaban los sistros, queda el símbolo, la ocasión, el pretexto. La escapatoria.

Convengamos en que toda máscara —y peor si sonríe— tiene algo siniestro. Los viejos pueblos la usaron para revestir sus ritos de solemnidad y misterio, y guardaron desde entonces la pátina atemorizante de una liturgia que está más allá de la cordura. Procesiones de encapuchados salidos del humor sombrío de alguno de esos pintores que ilustraron las *Danzas macabras*, tropiezan en una esquina de la historia con las estudiantinas que pasean por las callejas del mundo su jubilosa frivolidad, como dos rostros de una misma angustia que halló cauces distintos para liberarse. De Grecia y Roma a la Edad Media, lo profano y lo religioso se superponen, y el Carnaval fluctúa en las fronteras ambiguas de un orbe mal delimitado. El Renacimiento se preocupó menos de las ligaduras del dogma, y culminará en el Carnaval célebre de Venecia, que es algo así como el aristócrata de las mascaradas, el más linajudo de todos los Carnavales que se sucedieran, esa "Venecia con rostro de máscara" que exaltó Byron y en cuya crónica galante y licenciosa tuvieron cabida todos los registros, desde la espiritualidad que burbujea como el champaña, hasta el crimen más alevoso, bajo el derroche suntuario de una sociedad y una época refinadas hasta para el mal. El Carnaval de Venecia quedó como una leyenda. Pero en todos lados, se procuró esa hora de la alegría funambulesca. Oriente y Occidente han sentido por igual el calofrío sensual de su requerimiento. En todas las latitudes sigue buscándose esa gloria ficticia de papel picado y serpentina, sin darse cuenta el hombre de que al reírse de los demás está riéndose de sí mismo. Pero una sensibilidad exasperada no es proclive al raciocinio y por eso quizás, para decirlo con una acertada frase de Saint-Victor, "la desesperación se echó a reír".

Porque de la fiesta donde todo era triunfos del amor y la gracia, se descendió a la chocarrería, a la impunidad que el disfraz asegura para dejar en libertad la sustancia inferior de cada cual. Todo lo que de falso y ruin, de turbio y torcido puede haber en la levadura humana, se extravierte, prestando la careta o el dominó aires de valor a la cobardía. Bajo el antifaz se desnuda la impotencia, el fracaso, la frustración, en la embriaguez barullenta del anonimato, el arma de los débiles.

Muy otra fue la misión severa y trascendente que antes tuvieron las máscaras; desde aquellas que aún siguen alegorizando el alma misma del teatro helénico, hasta las que llevaban puestas para su viaje postrero los faraones o los incas, pasando por las máscaras de los sacerdotes y los brujos. Porque no debemos asociar el uso de las caretas sólo al delirio de las fiestas alegres: también se enmascaraban los inquisidores y los verdugos. La existencia se nos muestra como un laboratorio donde se mezclan todos los ingredientes, una experiencia donde la vida y la muerte confunden su aliento, donde el bien y el mal esfuman sus márgenes en un abrazo universal que desorienta al pobre hombre que intentar encasillar sus conceptos dentro de áreas nítidas, bien definidas y rigurosas. Y nada debe asombrarnos en estas inconsecuencias donde lo absurdo y lo sensato van de la mano, porque lo sorprendente es uno de sus inalienables privilegios.

¿Por qué reprochar a aquellos que se amparan en el relumbrón perecedero, si escogen la dicha breve? El Carnaval es la resurrección precaria, hora de triunfo para todas las Cenicienta del mundo. Después los días grises se encargan de archivar junto con tal ilusión frágil, las monedas de oro falso, los brillantes de imitación, la suntuosidad que caduca pronto. Es como el olvido para las heridas: el tiempo desluce por igual un gran dolor o una corona de papel dorado. "Dancemos y cantemos los que no tenemos nada que perder" — dice Aloysius Bertrand en su poemático *Gaspar de la Noche*. Porque como ya perdieron todo, sólo les resta la ebriedad que aturde y engaña, completamos nosotros.

Sin duda en la trastienda de los carnavales, en su fugacidad turbadora, su remedo de un mundo donde la felicidad existe, su intrascendencia bullanguera, su inevitable vulgaridad, hay un fondo dramático, patético. Lo encarna a perfección la silueta sonámbula de Pierrot: Pierrot siempre es triste. Lo abandonó Colombina y él, que no sabe ser infiel, alza cada noche de luna la faz enharinada para gemir su pena amorosa. ¿Qué edad tiene Pierrot? Ya se han ajado un poco los vuelos de encaje de su golilla, y ya desafina su mandolín de trovador melancólico. Pero Pierrot sigue sin Colombina y sin sonrisa.

Hay una humanidad dolorosa y vencida detrás de la careta, un temblor de congoja y desolación que sólo puede esconder ante los demás, esa boca de labios estirados en carcajada perpetua de la máscara. En cierto modo, obra caritativa, engaño útil, no importa de qué esté confeccionada, de cartón o de orgullo.

Todo eso que el Carnaval involucra, el desahogo ruidoso, lo grotesco y lo inverosímil, la pantomima de la grandeza, encierra un agudo e inconsciente tratado de crítica social. Es el espejo que retrata los vicios y los defectos de la época.

Ahora, bajo nuestras ventanas, pasan máscaras y comparsas y sube hasta nosotros un redoble de tamboriles, con algo de procesional. ¿Eso es la alegría de todos? Nos cuesta creerlo. A nosotros nos produce siempre una tristeza irremediable, nos sentimos desplazados de esos desfiles y esas carcajadas que oprimen de nostalgia.

Y lo malo es que, aunque nos creamos espectadores, todos formamos parte de la farándula...

Dora Isella RUSSELL

(Especial para **EL DIA**.)



Goya, en su célebre cuadro "El entierro de la Sardina", ha captado esa sensibilidad dramática y sombría del Carnaval español de su tiempo



Preparándose para el fuego antiaéreo, con una pieza de 40 mm., durante las maniobras realizadas del 10 al 24 de enero próximo pasado.



El Teniente de Navío, Juan Antonio Bontrisco, jefe de Artillería y Armas submarinas, dicta una clase a los Oficiales de Reserva Naval.



Pieza de 20 mm. lista para hacer fuego a bordo del Buque Escuela R.O.U. Fragata Montevideo, durante las maniobras.

BICHICOME



BICHICOME.

Toda su vida lo había sido. De botija, anduvo siempre harapiento, sucio, libre para callejear a su antojo; de cuando en cuando, hacía algún peso vendiendo diarios o números de lotería.

O pidiendo. Después se acostumbró a esto: rendía más y resultaba más cómodo. Aún ahora, después de treinta años, lo que más le seguía resultando era pedir limosna.

A la verdad, parecía que hubiera pasado mucho más de treinta años desde su niñez. Su pelo sucio, revuelto, estaba canoso; su barba salvaje tenía el mismo gris del pelo; sus ojos sin vida, su cutis arrugado por el sol y la mugre, sus manos endurecidas y negras; todo le hacía aparecer como un viejo. Y como un viejo andaba.

Sin embargo, sólo tenía algo más de cuarenta años —él no sabía bien cuántos. Si hubiera sido obrero, o empleado, sería apenas un hombre maduro; si hubiera triunfado en la política, o en los negocios, o en el arte, pertenecería a la nueva generación.

Pero no; él era "eso".

Y viejo.

o

Bichicome.

También desde botija tuvo que darse maña para conseguir un techo bajo el cual pasar la noche. Pero antes había más refugios. El solía ir a la estación del Ferrocarril en la calle Galicia, y allí entre los barracones siempre encontraba sitio. También los alrededores del Palacio Legislativo lo habían cobijado: había casonas desocupadas, semi-derruidas, en las que lo dejaban dormir tranquilo.

Todo eso había ido desapareciendo. Donde estaba la estación del Ferrocarril, había ahora un estadio deportivo y barracas; y en los alrededores del Palacio Legislativo no había más que baldíos.

La ciudad no se hacía para los que eran como él, y solía ser cruel con ellos. Claro que a veces se olvidaba y les hacía un lugarcito: el puente bajo la calle Sierra, detrás de la quesería; el Prado, entre Larrañaga y las canchas de fútbol; la Facultad de Ingeniería, donde el Ruso siempre recibía bien a los compañeros. Pero eran pocos estos olvidos: el progreso arrojaba cada vez más hacia las afueras, hacia el Pantanoso, el Cerro, la Cuchilla Grande, a los "inadaptados". Y casi todos aceptaban, mansos, la expulsión.

Sólo el Ruso, él y alguno más, trataban de aguantarse.

o

Bichicome.

Antes había más como él: vagos por desidia, por costumbre, si se quiere inútiles; pero sin mayor maldad.

En cambio ahora no. Casi todos eran de otra clase: ladrones, malandrines, pero no bichicomes.

Ni había entre ellos tanta riqueza de tipos. En sus buenos tiempos, él había conocido algunos muy originales. Recordaba una pareja que pernoctaba en los puentes de Galicia: pasaban siempre juntos, siempre en desacuerdo, hablando de filosofía —que él no entendía—, o de política, o de cualquier otro tema de salón; terminaron mal: uno de ellos mató al otro, años después, en el Prado, discutiendo sobre el asunto del Canal de Suez. También recordaba a un viejo alto, rubio, flaco, de hablar atravesado; yugoslavo, decía. Había sido marinero y conocía casi todo el mundo; pero el curso del tiempo había sido olvidado por su memoria enferma, y se asustaba del peligro de un tal Hitler. Un día el viejo se fue para el campo, a hacer vida de linyera y no lo vio más.

Y muchos más había conocido. Hilario, que iba a Cine Arte y a los teatros. Morales, con una gorra mugrienta, pirateando las propinas de los cuidadores de autos.

Ahora no. Cada vez quedaban menos de esos. La ciudad, los años, el frío, los iban haciendo desaparecer.

o

Bichicome.

Un día, alguien que no los entendía, quiso ayudarlos creando un asilo para vagos. Como si al aceptar un asilo no dejasen de ser vagos! Claro, años después, otro alguien descubrió que había seis veces más guardianes que asilados.

Es que, ayudar a un vago... ¿Ayudarlo, a qué?

Muchas veces él, al paso apresurado de las demás gentes, les había tenido lástima. Se reían de él, pero le daba más lástima.

Como si fuesen Sancho riéndose de Don Quijote.

o

Bichicome.

Miró al cielo; iba a hacer frío y tal vez lloviese. ¡Oh, el conocía bien ese cielo, que le hablaba en un lenguaje que sólo él comprendía! No era el cielo de los fieles, ni el de los astrónomos, ni el de los poetas. Era un cielo de él: un cielo que muchas veces le había servido de techo; un cielo de humor cambiante, capaz de acariciar como nadie, y capaz de barbotar amenazas como nadie también.

Y esta vez le decía que iba a hacer frío, que tal vez lloviese. El conocía algunos techos que todavía podían servirle de resguardo; pero esta noche no tenía deseos de guarecerse. Tenía hambre, se sentía mal. Le quedaban algunos reales: compró dos pancitos en un café, y se comió uno. El hambre aflojó, pero seguía sintiéndose mal. No tenía ganas de estar bajo techo.



Se metió en un baldío y se dejó caer: tenía frío y empezaba a llover. Ahora pensó: un techo. Podía ir hasta la Facultad de Ingeniería; el Ruso lo iba a dejar pasar la noche. Pero tenía que levantarse, y le faltaban ganas. No era la primera vez que pasaba una noche de lluvia al sereno. Aunque ahora estaba un poco viejo.

Se arrebujó bien con su sobretodo rotoso y la bolsa de arpillera que siempre llevaba. Así no se mojaba, por lo menos mientras el agua no pasara esas cobijas. Pero tenía frío. Pensó mucho en su vida, en la gente que había conocido; pensó en el yugoslavo que temía a Hitler, en los dos amigos que terminaron su amistad en el Prado, en la gorra de Morales.

Mordisqueó el pancito que le quedaba. Sentía frío. Los recuerdos se le fueron mezclando.

Se durmió.

o

Bichicome.

Fue la única palabra que encontraron los cronistas policiales:

"Bichicome hallado muerto en un baldío".

Barrett PUIG LANZA.

(Especial para EL DIA.)

Ilustración de Van Gogui.



Tarzan

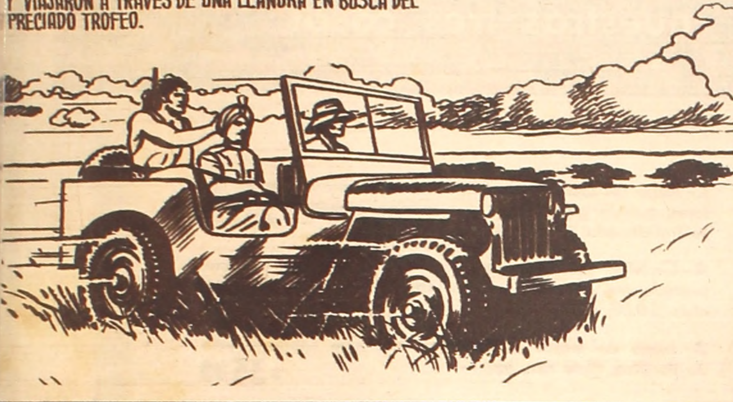
por **EDGAR RICE BURROUGHS**®

A PESAR DEL CHISPAZO DE CELOS DE JACKSON, EL MAHARAJAH ACEPTÓ LA OFERTA DE TARZAN PARA LLEVARLO A LA REGIÓN DE LAS GACELAS.

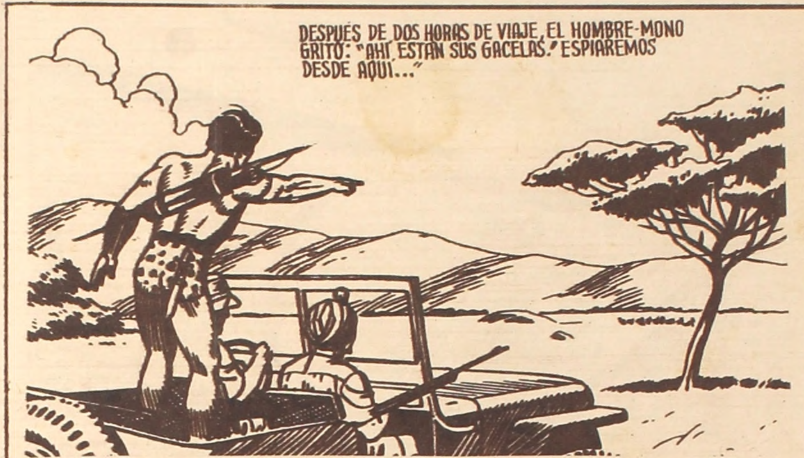




A POCO LOS TRES HOMBRES DEJARON EL CAMPAMENTO Y VIAJARON A TRAVÉS DE UNA LLANURA EN BUSCA DEL PRECIADO TROFEO.



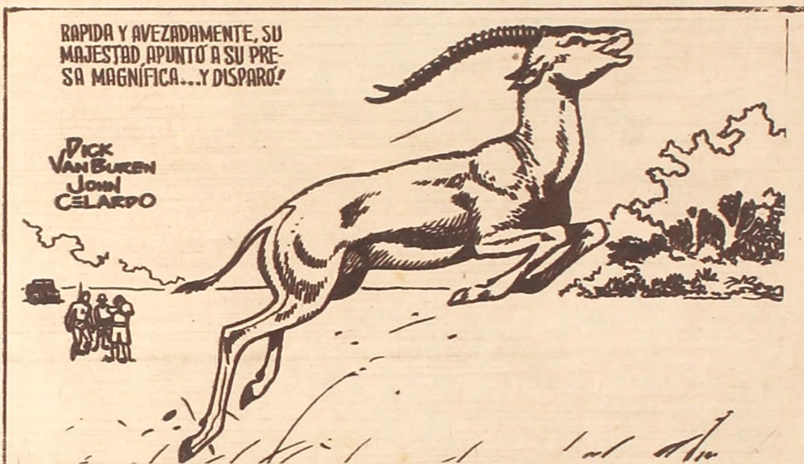
DESPUÉS DE DOS HORAS DE VIAJE, EL HOMBRE-MONO GRITÓ: "AHÍ ESTÁN SUS GACELAS. ESPIAREMOS DESDE AQUÍ..."



E APROXIMARON CAUTELOSAMENTE: "MIRE A LA DERECHA" SUSURRÓ JACKSON "UN PAR DE CUERNOS DE TAMAÑO RECORD!"



RAPIDA Y AVEZADAMENTE, SU MAJESTAD APUNTÓ A SU PRESA MAGNÍFICA... Y DISPARÓ!



"LO TENGO-LO TENGO" GRITÓ EL MAHARAJAH, CORRIENDO EN PROCURA DE SU TROFEO DE CAZA...





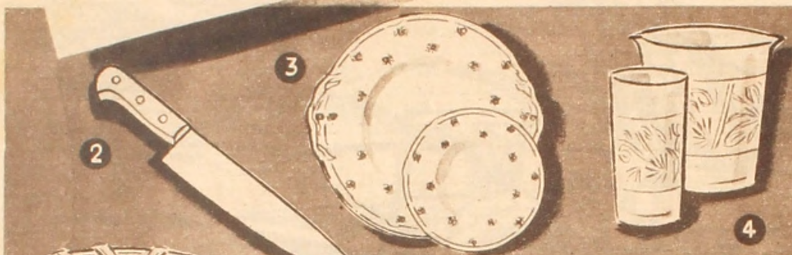
PERO ALERTA ENTRE LA ESPESURA, HABÍA ALGUIEN MÁS QUE IRÍA EN PROCURA DEL TROFEO... UN FEROZ Y HAMBRIENTO LEÓN!

1419



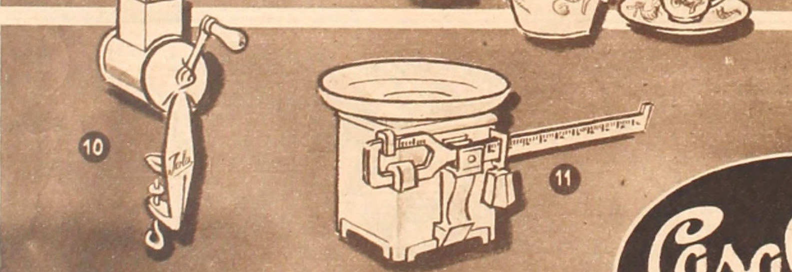
BAZAR Y MENAGE

selección de ofertas destacadas que presentan nuestras tres casas









1 - Juego de loza para mesa, con bonito estampado en colores, guarda gris, (juegos que pueden adquirirse fraccionados) 43 piezas, jgo. **$ 292.10**

2 - Cuchillas para uso doméstico, hoja de excelente calidad, procedencia Alemana, en dos tamaños de 25 1/2 ctms. $ 9.00, y 23 ctms. **$ 7.50**

3 - Juego de masas para 6 personas con sobrio detalle de florcitas, filete oro, jgo. **$ 35.80**

4 - Juego para Whisky de 7 piezas finamente tallado y con guardas de delicado color, verde ó amarillo, jgo. **$ 39.50**

5 - Cocina a querosene de la renombrada marca Yugoeslava "HEFEST" con boquilla sorda **$ 29.50**

6 - Juego de fruta de 7 piezas, blanco, resaltando una vistosa guía de flores, en color verde, jgo. **$ 42.50**

7 - Máquina de cortar papas, para el copetín, Alemana, en acero inoxidable, c/u **$ 9.50**

8 - Centro de fino cristal prensado, de procedencia Alemana, con detalle de flores opacas, en relieve, c/u **$ 30.80**

9 - Juego de café, de finísima porcelana, en blanco, gris ó marrón, con preciosos motivos chinos en relieve, compuesto de 9 piezas, jgo. **$ 120.00**

10 - Máquina rayar queso, infaltable en su hogar, por su practicidad y fácil uso, de procedencia Inglesa, c/u **$ 8.20**

11 - Balanzas de uso práctico, en vistosos colores, de inmejorable calidad, capacidad 10 Kgrs., c/u **$ 24.50**

12 - Juego de mesa, compuesto de 41 piezas, decorado en flores de color, el jgo. **$ 265.00**

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra Casa Matriz - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

50 AÑOS 1909-1959

CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11



PROGRAMACION DE CASA SOLER. - Sensacional presentación de la gran orquesta cubana de señoritas ANACAONA, en la programación para febrero de CASA SOLER. - Todos los lunes y viernes a las 21 y 30 por CX 16 Radio Carve. - Todos los jueves a las 21 y 30 por SAETA T.V.